

# CUBA-USA

## Diez tiempos de una relación

Ramón Sánchez-Parodi



una editorial latinoamericana

## Prefacio

Desde el 1ro. de enero de 1959, la política exterior de la República de Cuba ha tenido una connotación mundial desproporcionada en comparación con la corta extensión territorial del archipiélago cubano, el pequeño número de su población, la escasez de recursos minerales en sus tierras y la reducida escala de su economía. La presencia de Cuba se ha hecho sentir en todos los rincones del planeta y miles de millones de personas conocen de hechos relacionados con la actividad cubana.

Esta extraordinaria circunstancia es resultado de la determinación de la Revolución Cubana por alcanzar y defender la plena soberanía, la independencia y la integridad territorial de la nación cubana. Sus implicaciones se perciben en las transformaciones que se han ido produciendo en la arena internacional durante los últimos cincuenta años.

Particular atención ha debido prestar la comunidad internacional al enfrentamiento que durante cinco décadas mantiene el gobierno de los Estados Unidos contra la Revolución Cubana. Bien sabido es que diez presidentes norteamericanos han padecido la frustración de no poder detener, destruir y revertir el proceso revolucionario cubano. Ahora ponen sus esperanzas en que el paso y el peso de los años se lleven a los originarios impulsores de la Revolución y las nuevas generaciones desvirtúen el camino revolucionario; llaman «transición» a esa ilusión.

Sin embargo, la vocación antiimperialista de la Revolución Cubana no nació el 1ro. de enero de 1959. No es a partir de esa fecha que se deterioran las relaciones entre los dos países. La confrontación se fue gestando a lo largo de decenas de años, desde el surgimiento de los Estados Unidos como nación independiente y cuando comenzaba a prender entre los «criollos» de la Isla el sentimiento de cubanía que perdura en el presente.

La solución de ese diferendo histórico sitúa a Cuba ante una alternativa: o se consolida como nación soberana e independiente y el pueblo cubano se ve libre de la injerencia y la dominación extranjera, o se convierte en un apéndice de los Estados Unidos. La opción es obvia. No en balde la consigna que se hizo carne en los cubanos desde los primeros años posteriores al triunfo de la Revolución Cubana, rememorando la de «Libertad o Muerte» de los luchadores anticolonialistas del siglo XIX, fue «Patria o Muerte», convencidos de que «Venceremos».

Para que se establezcan por primera vez en la historia contemporánea vínculos armoniosos entre ambos lados del estrecho de la Florida, es necesario fundarlos sobre bases de colaboración recíproca y con un espíritu de respeto mutuo. Esta visión se puede facilitar por la cercanía geográfica entre ambos países, por los vínculos históricos que han unido a ambos pueblos en la lucha por la independencia y el progreso social, por los nexos culturales que se han formado a lo largo del desarrollo de las respectivas sociedades, por las ventajas competitivas que se presentan en el terreno económico y comercial, por los intereses comunes en la protección del medio ambiente de la región que cohabitamos y, sobre todo, por la obligación común que tienen ambos gobiernos de actuar en el concierto universal para promover la colaboración y preservar la paz en el precario mundo que constituye nuestra casa común.

En ocasión del cincuentenario del triunfo de la Revolución Cubana, dedicamos estas páginas a examinar sobre la base de los documentos históricos y de las vivencias personales del autor y de otros participantes en los hechos más recientes, los aspectos que caracterizan la política de los Estados Unidos hacia Cuba y la actuación de la Revolución ante la persistente hostilidad imperialista de Washington.